

Valls volverá a defender los colores de la U. D. Figueras

DESPUES de tres temporadas de no actuar en nuestro primer equipo de fútbol local, reaparece ante la afición deportiva nuestro excelente jugador y amigo Joaquín Valls. Grande es la simpatía que por él siente la afición figuerense y como tal no podría dejar pasar desapercibido este reingreso en la U. D.

Interesado, como creo también lo estará en general la afición local, he sostenido una amena, aunque corta, charla con él por la que se ve el gran amor que siente a los colores que le han dado fama, y que viste desde que hizo su «debut» en el más viril de los deportes.

Es Valls un muchacho sencillo, simpático y franco; un verdadero ampurdanés que siente a su tierra y todo lo que de ella se deriva. Vamos en su busca al Hotel en que se hospeda; es la hora de comer. Terminado el almuerzo nos ruega le disculpe por su tardanza y con él nos enfrascamos en amena conversación.

— Empecé a jugar al fútbol en el Figueras, si bien de pequeño había jugado en equipos infantiles que organizábamos en La Armentera, mi pueblo natal.

— Mi «debut» en serio fué en el año 1930, siendo entonces el benjamín del equipo, jugando ya en el puesto de extremo que he venido conservando hasta ahora, exceptuando algunos partidos en que debido a lesiones o a alguna causa anormal he ocupado el de delantero centro.

— Contentísimo de volver a jugar en la U. D.; que es el único equipo por el que siento los colores y en él jugaría por amor al arte, tan solo para poder vestir los colores que tanto tiempo he de-

fendido y por los que siento un profundo cariño. Y para demostrar a la afición local el afecto recíproco que también siento hacia ellos, igual que ella me lo demostró en temporadas anteriores.

— No está el Figueras en su mejor época, pero con nuestro esfuerzo y el de la afición en general podremos elevar a nuestro equipo al lugar que se merece.

— Actué tres temporadas en otros equipos: la primera en el Castellón; volví de nuevo a la U. D. para finalizar la segunda temporada en el Celta de Vigo; la pasada la jugué con el Lérida.

— Buen concepto el del equipo local, el que se forman en otros puntos donde ya era conocida la U. D. como uno de los mejores equipos de la Liga Catalana. Como simple ciudadano escuchaba los comentarios de la afición leridana, que no se explicaba el por qué de los descensos que le habían acaecido en temporadas consecutivas.

— Mi mejor partido, que yo recuerde, es uno jugado en el año 1932, con la U. D. Figueras, contra un equipo francés de Béziers; se perdió por 3 a 2. La colonia española nos obsequió con una magnífica comida y llegamos al campo casi comiendo; era imposible mantener un partido en estas condiciones, pero hay días en que uno tiene el santo de cara... y así fué; al finalizar el partido no sólo mis compañeros me felicitaron, sino que también hizo lo propio el equipo contrario, y la afición de Béziers habló mucho de mi actuación.

— ¿Mi peor partido? Ni recordarlo, porque han sido tantos los malos que no podría recordar el peor.

— El fútbol nacional es bueno y bastante superior al de otras naciones, debido en parte a la pasada guerra mundial.

— El tropiezo de Irlanda no quiere decir nada, pues, aunque fuimos vencidos en nuestro propio terreno, en una mala tarde del equipo Nacional, cabe señalar que Irlanda era batida pocos días antes en Portugal, mientras que éste no ha podido nunca rematar a nuestro equipo.

— Mucho mejor el fútbol anterior que el actual; antiguamente se jugaba al fútbol por deporte, sin el interés de hoy día; antes se jugaba dando patadas a un balón y hoy se deja infinidad de veces el esférico para ir a la caza del hombre; y así se ven en los campos de juego, muchos accidentes desagradables, por parte de jugadores sin escrúpulo, por el mero hecho de ver en el contrario un estorbo para conseguir lo que con él les es imposible.

— En la actualidad el mejor equipo nacional, por su calidad deportiva, es, a mi modo de entender, el Atlético de Bilbao, pues abasteciéndose solamente en su propia cantera, no hay casi un equipo español de primera categoría que no vea militar algún jugador que haya sido anteriormente bilbaíno. Por sus posibilidades económicas lo son el Barcelona y el Madrid.

Suponiendo que ya hemos molestado lo suficiente al simpático «Quimet», nos despedimos de él, deseándole los mayores aciertos en la próxima temporada, y muy amable nos despide en la puerta del Hotel con un cordial apretón de manos.

Arbiter.

El amor se aleja de las aulas

(viene de la pag. 6)

Pobres universitarios de hoy, temerosos de envejecer sin haber amado. Con una sed de ternura desbordante y obligados a matarla. Y pobres amores que en otra época hubieran podido florecer, y que hoy no tenemos otro remedio que matar en el interior de nuestro pecho, por temor a una mirada helada. Una mirada helada con la que perderíamos una de las pocas amistades que creemos poseer.

Todo este panorama es muy triste. Lo peor es su realidad. Quisiéramos no ser pesimistas, dominados por casos más o menos particulares que hayan llegado a nuestros oídos, mientras teníamos en nuestras manos el corazón herido de un amigo. No es un caso ni un centenar. Es todo el pesimismo materialista que nos absorbe y que en realidad, junto a una gran despreocupación e indiferencia es lo que reina en nuestra Universidad.

El amor huye de las aulas, pero también está huyendo de la vida. En los unos, el gesto rebelde, porque viven en las estrecheces de la carne. En los otros la mirada tranquila, porque ven como se aleja el justo anhelo de sus esperanzas. En unos y otros, miedo, y en el fondo, un egoísmo refinado y un desprecio que los convierte en unos incomprensidos, y una carrera alocada hacia el «ábrete sésamo»

de la eterna cuestión: el dinero.

Hasta aquí hemos expuesto el problema de esta Universidad sin amor. Probablemente más consciente en los que van de buena voluntad, y no podrán satisfacerse en el lodo inmundo de la carne.

La solución es muy compleja, porque el problema es muy grande. Para revalorizar el amor hay que revalorizar la confianza. Estamos precisamente ante una gran crisis de confianza; una crisis amarga. Confianza y mayor facilidad en el vivir. Un aspecto económico y un medio de revalorizar los títulos académicos y más aprovechamiento del tiempo perdido.

Están lejos los tiempos en que se ganaban los títulos estando sentado en el bar, cuando poseer uno era tener la vida asegurada. Nos atemorizan las «colas» del mes de septiembre para las matriculas y nos quedamos helados cuando nos cuenta la tendera del pueblo, por donde pasamos casualmente rebosando satisfacción:

— Mi hijo no quiere continuar con esto. El año próximo acaba el Bachillerato.

Ambiente pesimista por un lado. Insoportable inconsciencia por otros muchos. Grandes masas dispuestas a rellenar el pesimismo de nuestras aulas y legiones de incomprensidos desplegados en la vida. Y lo

peor es que no podrán nunca volver a su origen. Habrá que buscarles trabajo compatible con su cultura. Para ellos tendremos que inventar nuevas medidas burocráticas.

Todos los economistas están de acuerdo en que es un desquiciamiento. Sin creces la riqueza nacional, cada día crecen estas muchedumbres de gente culta sin trabajo. Ventajas de tantos años de llevar gente a los estudios superiores.

Esto es lo que se vive en las aulas universitarias. Por ello no se sueña con amor ni con planes futuros, ni casi hay seguridad en uno mismo. Por eso muchos andan deambulando por los pasillos, por los patios, sin objetivo, sin finalidad.

Y mientras está muriendo el ideal por el que nuestros padres sacrificaron los años de su juventud, vemos como toman cuerpo en el ambiente estas ideas paganas que asesinan a la familia y notamos como nos vamos asfixiando en un aire enrarecido por el orgullo, la sensualidad y el egoísmo.

Las aulas están sin amor. El ambiente está saturado de egoísmo. Se necesita hoy más que nunca la fuerza sobrenatural para no doblegarse y para seguir el justo camino buscando el reino de Dios y su justicia y esperando que todo lo demás nos sea dado por añadidura, a los pies del único amor que nunca se nos negará, el de la Madre Inmaculada, por el que una selecta legión de universitarios sacrifica provechosamente las mejores horas de su juventud.